

la vencia en astucia, y resolvió asustarlo para alejarle de ella ó para atarle definitivamente al carro de sus triunfos.

—Lorenzo—le dijo—yo soy libre y puedo dejarme querer, y amar yo misma á quien me acomode; pero mi pasado es sombrío y quizá culpable; ¿quiere V. conocerle ántes de ligarse á mí con promesas vanas?

—¡Que si quiero!—exclamó Lorenzo impetuosamente;—ésa es una dicha que yo compraria con la mitad de mi vida.

—Voy, pues, á dársela á V. de balde—repuso Enriqueta—y verá que hago bien, porque nada vale.

Sentóse la jóven en el mismo banco de piedra que habia ocupado el hijo de Bruno, y empezó así, en tanto que éste, colocándose á su lado, fijaba en ella una mirada ansiosa.

IX.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

«—Ignoro quién es mi padre, si vive, ó si ha salido ya de este mundo.

» Mi madre, casada hacía ya cuatro años con un hombre grosero, vulgar y que sólo la habia hecho su esposa seducido por su belleza, se cansó de los malos tratamientos de su marido y dió oídos á los suspiros amorosos de un hombre durante un largo viaje que su marido hizo á Ultramar con una comision del gobierno.

» Este viaje duró un año; cuando volvió, estaba mi madre en los últimos dias de su embarazo, y la furia de mi padre no conoció límites.

» Así sucede siempre: el esposo ultrajado no se detiene jamas á reflexionar si dió ocasion con su conducta al ultraje, y lo que es más, la ley, al darle sus bárbaras atribuciones, no lo reflexionó tampoco.

» En el matrimonio de mi madre hubo falta y castigo con las circunstancias ordinarias.

» El amante rendido venció al deber de amar al marido grosero, y el marido dejó escapar al amante é hizo á su esposa víctima de todo su furor.

» Una noche de Diciembre, lluviosa y fria, la sacó á la puerta de la calle, del brazo, y la dijo:

«—Váyase V.; la arrojo de mi casa como á una mujer perdida.

» Mi madre, segun me ha contado despues, se arrodilló, lloró mucho y suplicó; pero ya cerca de la aurora, temiendo los juicios de los vecinos y el servir de escarnio á los transeuntes, huyó de aquel sitio.

» Se hallaba en Sevilla: al salir de la calle tropezó con un hombre que iba á volver la esquina y que se detuvo al ver la peregrina belleza de aquella mujer tan pálida y que lloraba con tanto desconsuelo.

» Mi pobre madre no tenía aún veinte años, y respondió con todo el candor de la verdad á las preguntas de aquel hombre.

«—¿Á dónde va V., hermosa jóven?—le dijo.

«—No lo sé—respondió ella abatida;—¡no tengo asilo!

»—¿Por qué llora V. así?

»—Porque mi marido me ha arrojado de su casa en la pasada noche.

»El caballero echó una mirada sobre el talle de mi madre, y ya no la preguntó nada más.

»—Si V. quiere venir conmigo —le dijo— yo la daré un asilo.

»—¡Ah, caballero, mil gracias!—respondió mi madre;— voy á seguir á V., porque, en verdad, no sé qué partido tomar en mi cruel situacion.

»Siguió, pues, al desconocido, que le presentó el brazo con galantería, y la condujo á su casa.

»Era un pintor jóven y de talento, pero pobre y depravado por toda clase de excesos.

»Seis dias despues de vivir con él mi madre nací yo, y exigió de un modo terminante que se me diese á criar fuera de su casa; y mi madre, que ya no tenía otra voluntad que la de aquel hombre, hubo de acceder.

»Fuí, pues, á poder de una buena labradora de una aldea, y mi madre conseguia á muy duras penas de su segundo amante el dinero preciso para pagar á mi nodriza; de mi padre nada sabia, porque habia desaparecido de Sevilla pocos dias despues de su llegada, y no le habia escrito una sola línea que le noticiase su paradero.

»Ya tenía yo seis años, y aún permanecia con mi nodriza, á la que cada vez se pagaba peor; la pobreza del artista, léjos de ir á ménos, habia crecido; sin embargo, así la pobre mujer, como su marido y sus hijos, adoraban en mí; todos los cuidados, todas las atenciones imaginables en su rústica sencillez me eran prodí-

gados, y si me hubieran abandonado del todo, ellos hubieran partido conmigo su pan con la mejor voluntad del mundo.

»Mi madre venia á verme una vez á la semana, y siempre por la noche; su hermosura se apagaba dia por dia, como una flor que carece de brisas y de rocío; ya no habia vida en sus ojos, y sin embargo, se hallaba en la edad en que la belleza ostenta todo su brillo y toda su fuerza.

»Habia cambiado la grosera tiranía conyugal por la abyecta tiranía del amor ilegítimo; las expresiones duras, las mezquindades del esposo por los golpes y la miseria del amante. ¡Los hombres son siempre nuestros verdugos!

»Una noche tempestuosa entró en casa de mi nodriza: tenia yo sólo siete años y aún recuerdo su aspecto desolado como si la viese ahora.

»Tenia la frente herida y ensangrentada; su palidez era casi lívida, sus ojos se habian hundido á fuerza de llorar; corrió á la camita donde yo estaba acostada con una hija de mi nodriza, me levantó en sus brazos y me besó muchas veces, regando mi rostro con sus lágrimas.

—¡Vén, hija mia!—dijo.—¡Vén, ya no nos separaremos, nunca; trabajaré por tí y para tí; yo seré feliz sólo con verte; ya he huido de la atroz tiranía que me mataba hacia tanto tiempo! ¡Vén, y consuela á tu infeliz madre de la falta de haberte dado la vida!

»Salió llevándome en sus brazos, á pesar del llanto de mi nodriza y de sus hijos: á la puerta habia un carraje que habia llevado á mi madre, y que nos condujo

á las dos á Sevilla : durante el trayecto, mi pobre madre me tuvo constantemente sentada en su regazo ; de cuando en cuando me estrechaba contra su pecho, y murmuraba :

— » ¡ Estoy libre ; tengo á mi hija ; soy feliz !

» Nos hospedamos en una de las fondas más pobres de la ciudad, y al amanecer salimos para Madrid.

» Mi madre tomó una habitación muy pequeña y se puso á trabajar con un valor heroico ; yo al ménos, que jamas he hecho nada, así lo considero : era primorosa en el bordado, y muy pronto halló obra abundante y bien pagada.

» Seguía siendo pobre, pero vivía con la mayor tranquilidad ; y dos meses de una vida apacible y de un alimento sano y nutritivo bastaron para devolverle su belleza mil veces más radiante de lo que jamas se había ostentado.

» La galantería volvió á asediarla, y no pudiendo ya separar de su frente el primer borron, se rindió de nuevo á sus halagos : en la carrera de la infamia el primer paso cuesta mucho ; pero los demas son ya tan fáciles, que se dan sin que la voluntad se aperciba de ello.

» Pronto mi madre se vió rodeada de lujo : tuvo carrajes, trenes, palco en los teatros, diamantes y encajes que realzasen su hermosura ; su casa se trasformó en un asilo mágico, y mil adoradores se postraron á sus piés para quemar el incienso de sus lisonjas.

» Yo tuve maestros de todas clases y la educacion más brillante que puede recibir una niña ; crecí entre halagos y caricias, y nada parecia faltar á mi dicha,

porque mi belleza era proverbial entre las amigas de mi madre, todas alegres como ella, y como ella dedicadas á la galantería.

» No quiero molestar á V. con la relacion de los sucesos desde los siete á los catorce años de mi edad ; era yo muy inocente, pero á pesar de eso, los malos ejemplos eran como una semilla que un dia ú otro debia germinar en mi alma como en terreno á propósito para ello.

» Mi madre fué al fin herida de una enfermedad implacable, mortal : la enfermedad de pecho ; habia pasado muchas noches en orgías y festines, muchos dias de inquietudes, porque esas existencias, en la apariencia tan brillantes, encierran muchos dolores hondos y silenciosos.

» Murió cuando yo habia cumplido catorce años ; me dejó heredera de una brillante fortuna y de un porvenir inseguro y nebuloso : una de sus amigas se constituyó en mi tutora ; pero bien pronto su tiranía me fué odiosa, y determiné sacudirla á toda costa.

» Tuve un amante y hui con él, abandonando mi fortuna por conquistar mi libertad.

» Mi amante, con el que pasé tres años en París y Lóndres, me dejó por fin ; pero yo tenía dieciocho años y comprendí que debia reclamar el fruto del oprobio de mi madre : no podia comprar ménos cara mi propia deshonra ; volví á Madrid, cité ante los tribunales á la usurpadora de mis bienes, y gracias á mi belleza— que segun decian era entónces muy notable—logré interesar á mi abogado, que ganó el pleito de la manera más completa.

» Rica otra vez, quise vivir sola y libre: la libertad era para mí la dicha; y aunque por gratitud, no me atreví á rechazar las protestas de amor de mi abogado; le impuse tales condiciones, que no me las pudo poner él á mí sino muy pequeñas.

» Corrí de fiesta en fiesta, y empecé á darlas magníficas en mi casa; pero por huir de las quejas de mi defensor—á quien los celos habian convertido en mi fiscal—volví á salir para París, donde podia vivir más á mi gusto y más á mi libertad.

» Allí permanecí seis años, y allí di fin á todos los bienes heredados de mi madre.

» Bastante escrupulosa en materias del corazón, mi hermosura no me ha servido de lucro alguno, y siempre que me ha sido posible, he vivido sin dueño y á mi costa con la mayor esplendidez.

» Poco más de año y medio hará que llegó á París el dueño de esta quinta, rico capitalista, y casado con una señora de la nobleza, también muy opulenta; me vió y le agradé; y hallándome sin recursos, volví á Madrid con él.

» Hace pocos dias dijo á su esposa que necesitaba venir á visitar sus haciendas y me propuso el viaje, al que accedí consumida de tedio y de tristeza.

» Ahora ya sabe V. cuál es mi vida, Lorenzo, y espero que esta confesion mia habrá apagado su loca aficion por mí; aficion nacida tan repentinamente, que espero morirá para siempre, y que V. recobrará su tranquilidad; además, estoy arruinada completamente, llena de deudas, y no me es posible dejar esta vida que sigo

sin entusiasmo, porque he visto demasiado cuán vana y azarosa es: voy ya tocando los límites que separan la juventud de la edad madura, de esa edad en que los hijos recompensan los afanes que han costado, y en que la mujer sólo es dichosa en su hogar: yo no tengo hogar, ni familia, ni puedo romper las cadenas de mi esclavitud.»

Calló la cortesana, y el hijo del *rico* parecia aún pendiente de sus labios: ella también le miraba de soslayo para ver el efecto que sus palabras habian producido, esperando encontrar el dolor ó el hastío en el semblante de Lorenzo; pero no halló huella alguna de esos sentimientos: los ojos del jóven expresaban sólo el entusiasmo y la admiracion.

No hay conquista que parezca más sabrosa á un galanteador novel que la de una mujer aventurera: el vicio tiene para ciertas almas invencibles seducciones, y la de Lorenzo tenía la vanidad más feroz y más helada de las vanidades: la vanidad del mal que deseaba y se creia capaz de hacer.

—¿No me responde V., Lorenzo? —preguntó Enriqueta con su acento más dulce y halagüeño;—¿en qué piensa V.?

—Pienso—respondió el prometido esposo de Celeste—en que si V. se casara conmigo rompería para siempre las cadenas que la sujetan y que tanto la lastiman.

Las lindas facciones de Enriqueta no pintaron gozo ninguno al oír esta proposicion; por el contrario, su triste sonrisa atestiguó una profunda expresion de hastío.

Era un corazón herido y enfermo, en el que no hallaba eco ningún sentimiento generoso, y ménos las utopías del entusiasmo.

Sin embargo, supo dar á su rostro, pasado el primer movimiento, una expresión tierna y llena de admiración, y exclamó:

—¿Qué dice V.? ¿Casarme con V.?

—¿Por qué no?

—¿No le he dicho ya lo que soy?

—Sí por cierto; y despues de haberlo oído, la preguntó si quiere ser mi mujer.

—¡Olvida V. que estoy pobre y arruinada!

—Yo soy hijo de Bruno *el rico*.

—¿Pero que dirá su padre de V.?

—No lo sé; pero ya está acostumbrado á dejarme hacer mi gusto.

*Enriqueta quedó meditabunda, en tanto que Lorenzo la contemplaba con una ternura profunda y apasionada.

—Amigo mio—dijo ella—permítame V. reflexionar, y entre tanto oiga un consejo que voy á darle para asegurar nuestra mutua tranquilidad: la familia del alcalde cree que gusta V. de mi camarera: la misma Teresa lo cree tambien: no deshaga V. este error; aparente estar enamorado de esa muchacha.

—¡Yo enamorado de ella! ¡Si no lo estoy!

—Ya lo sé: creo que me ama V. á mí, por más que lo sienta mucho.

—¿Lo siente V.?

—¡Sí!

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque no soy digna del amor de V.

Enriqueta pronunció estas palabras con tan estudiado sentimentalismo, que otro cualquier hombre dotado de más experiencia y conociendo la clase de mujeres á que la jóven pertenecía, hubiera soltado la carcajada; pero Lorenzo no tenía experiencia alguna, y además estaba ciego por su vanidad.

¡Cómo! aquella mujer tan hermosa, tan adorada, acostumbrada á todos los halagos de la fortuna, del amor, y sobre todo del vicio; aquella jóven elegante, discreta, desdeñosa, de ademan casi regio, decia que no era digna de su amor: esto era mucho más de lo que se necesitaba para volver loco al pobre Lorenzo.

Ya lo he dicho: el vicio es la mayor de las seducciones para ciertas almas débiles y mezquinas: la virtud angelical de Celeste no podía ser, á los ojos de Lorenzo, más que nulidad y rústica ignorancia: sólo su hermosura podía haberle seducido hasta entónces; pero ¡qué era aquella belleza dulce y pura como una flor á medio abrir, comparada con la hermosura gastada, marchita ya, y apasionada de Enriqueta!

Hay seres que no han conocido el amor culpable, pero que han gastado su corazón á fuerza de soñar con él: pobres esclavos de una enfermiza fantasía y de un temperamento no más sano.

Satisfecha la cortesana del efecto que habia hecho en el campesino su arranque de burlona modestia, continuó sin dejarle lugar para que contestase:

—Fingirá V. que ama á Teresa, porque yo se lo suplico así.

—Haré lo que V. quiera—respondió Lorenzo.

—Esto evitará que nuestras relaciones lleguen á oídos de la persona que me ha traído aquí, á la que debo consideraciones.

—¿Y por qué?—preguntó impetuosamente Lorenzo; —¿por qué le debe V. consideraciones? ¿Por qué no rompe V. en seguida esos lazos?

—¡Impaciente!—murmuró Enriqueta con una hechicera sonrisa;—lo haré así, porque yo lo deseo más que V. todavía; pero entre nosotros no se hacen las cosas tan bruscamente como en las aldeas; hay que tomar algunas medidas y no cansar escándalos, que no sirven más que para agravar todas las situaciones.

Levantóse, dichas estas palabras, y añadió:

—Separémonos ya.

—¡Oh, tan pronto!—suspiró Lorenzo.

—Es forzoso.

—¿Y va V. á pasar la velada entre todos esos hombres?

—¡No! me retiraré á mi cuarto á leer, celoso—respondió la jóven, empleando de nuevo su mágica sonrisa.

—¿De véras?

—Sí; se lo prometo, á pesar de tener muy mala luz.

—Mañana la tendrá V. mejor—dijo Lorenzo—y ya la hubiera V. tenido hoy á no ser por el encierro forzoso á que me condenó ese viejo bribon.

Enriqueta no comprendió al parecer la oferta de Lorenzo; pero dijo en su interior que á la noche siguiente tendría un magnífico quinqué.

El espíritu especulativo es siempre el que domina en las mujeres de su clase.

—¡Adios!—dijo, dando la mano á Lorenzo;—hasta mañana.

—¿No me permitirá V. que la acompañe hasta la quinta?—preguntó Lorenzo.

—No—contestó Enriqueta—eso sería una imprudencia.

—Me retiraré ántes de salir de la sombra de los árboles.

—He dicho que no—respondió Enriqueta con un acento que no admitía réplica.

Lorenzo guardó un humilde silencio; la jóven prosiguió:

—¿Piensa V. ir pronto á la ciudad?

—Mañana—respondió Lorenzo.

—¿Le incomodaré á V. si le hago un encargo?

—¡A mí incomodarme! ¡Ah, señora, qué injuria!

—Pues bien, para que V. vea si me inspira confianza, le ruego que vaya á la calle de Valverde, número 81, cuarto tercero, y diga á la señora de la casa que dentro de dos dias espero poder enviarla sus dos mil reales.

—Esta bien—dijo Lorenzo, en cuyos ojos brilló una viva alegría.

—Adios, amigo mio—dijo Enriqueta estrechando su mano con un movimiento apasionado.—Adios, y sea usted muy prudente; de eso depende *nuestra* felicidad.

Y Enriqueta se alejó diciendo entre sí:

—Ya tiene dos mil reales que guardarme la marmota de mi encargada para los primeros gastos cuando nos

volvamos á Madrid : á bien que no serán los últimos, porque la mina es rica y tardará en agotarse.

Lorenzó la siguió con los ojos hasta que desapareció el último pliegue de su vestido de muselina.

Después se dejó caer en el banco, casi ebrio de felicidad, oprimiéndose la frente con las manos para convenirse de que no estaba loco ni soñaba.

X.

EL GOLPE DE MUERTE.

¿Qué era entre tanto de Celeste, principal personaje, gentil figura, rayo de blanca luz que he buscado para que ilumine las sombras de esta pobre historia?

Vamos á encontrarla en su casa, y en el jardinillo que con tanto placer cultivaban el honrado Juan María y su hijo Pedro, para el recreo de Joaquina y de su hija.

Á la misma hora que el señor cura y Bruno fueron á poner en libertad á los dos contendientes encerrados en la cárcel por la severa providencia del alcalde, Celeste, sentada bajo un gran cerezo cargado de roja fruta, tenía cruzadas las manos sobre sus rodillas en actitud de profundo abatimiento.

De vez en cuando, sin embargo, y al oír algun leve rumor hacía la parte de la casa, alzaba la cabeza, brillaban sus ojos, y sus mejillas se cubrían de un vivo sonrosado.

Á su desmayo de la tarde anterior habian sucedido una fiebre lenta y muchas lágrimas : en vano habia procurado conmover el corazón de su padre con ellas para que pusiera en libertad á Lorenzo : Juan María permaneció inflexible.

Joaquina, sentada al lado de su hija, cosía una camisa de lino para su hijo menor con la prodigiosa actividad propia de su carácter vivo y hacendoso.

De cuando en cuando levantaba la vista á hurtadillas y se quedaba con la aguja en suspenso contemplando dolorosamente el abatimiento de su hija.

Pero así que se apercibía de que Celeste podía verla, volvía á su labor con su ligereza acostumbrada.

Entonces se hablaba á sí misma dentro de su corazón, con esa voz que sólo Dios oye, y se decía :

— ¡ Ay, santo Dios! ¡ qué descolorida está! ¡ qué ojeyosa! ¡ hija de mi alma! ¿ qué haré yo para consolarla y para desenojar á Lorenzo, que ahora estará como una fiera contra su padre y contra mí? ¡ Dios mio! yo le insulté, y Juan María le envió á la cárcel! ¡ Qué mal hemos hecho! ¡ Siquiera por esta criatura debíamos haber sido más sufridos! ¡ Y luego, que la queremos, y que la queremos! ¡ vaya un modo de querer!

Joaquina acababa este monólogo interior volviendo á mirar á su hija ; y entonces, una ancha lágrima se formaba pesadamente en el ángulo de su párpado y corría con lentitud por su mejilla.

Como todos los caracteres fuertes que están unidos generalmente á un noble y sensible corazón, la alcaldesa, pasado el primer arrebato de su justa cólera, se acu-

saba de ella y se echaba la culpa de todos los acontecimientos desagradables de su casa, por más que no la tuviera.

—Hija mía—dijo despues de un largo silencio—¿cómo te sientes?

—Mejor, madre—respondió Celeste.

—¿De véras?

—Sí, señora; ya se me han ido los mareos de la cabeza; y si V. me dejase ayudarla en la costura, estaria mejor.

—¿Coser? ¡Para eso estás tú! ¡no faltaba más!

—¡Así me distraeria un poco, madre!

—¡Vamos, vamos, déjate de labores, que ya vendrá pronto quien te distraiga!

—¡Venir él—exclamó Celeste, quien, como si aquellas palabras hubieran respondido á la voz de su corazón, comprendió al instante de lo que se trataba;—¡venir él! ¡Ay, Dios mio! ¡estará muy enfadado y no querrá!

—¿Enfadado? Puede..... que sí.....—dijo Joaquina algo confusa;—pero..... ya se le pasará: hija, ¿hay alguna cosa que no haga olvidar el amor? Por otra parte, ya ves, tu padre es alcalde, y el que manda; todo el pueblo le obedece, porque sólo manda lo justo.....

—¡Si yo no acuso á mi padre, madre mía!—repuso Celeste, enjugándose con su delantal de cotonía azul una lágrima rebelde;—lo que él hace, bien hecho está..... eso lo sabemos, y yo la primera; pero ¡cuánto tardan, Dios mio, cuánto tardan! El señor vicario ha ido tambien á buscarles, ¿verdad?

—Sí, con Bruno.

—Madre, ¿cree V. que Lorenzo vendrá en seguida?

—Por supuesto—respondió la alcaldesa con mal seguro acento.

—¡Es que como ayer sólo vino un momento por la mañana!.....

—Hoy se estará aquí toda la velada; ya lo verás.

—¿Estará enojado?

—Lo habrá estado ántes; pero los genios fuertes como los nuestros, á una vuelta de cabeza ya se nos pasó todo; ¿no ves lo que sucede conmigo? Pues igual es Lorenzo, igualito: ¡ni que yo le hubiera parido!

—¡Ay, madre! ¡pues yo no encuentro esa igualdad!—murmuró suspirando Celeste;—¡ojalá se le pareciese á V. Lorenzo!

—¿Por qué?

—Porque él es más rencoroso que V.

—¿Y habia de guardar rencor al padre de la que va á ser su mujer? ¿Y tú qué culpa tienes de eso?

—Ninguna; pero ¿no oyó V. que dijo que le importaba muy poco que yo no me casára con él?

—¡Bah! los hombres cuando están enojados dicen todo lo que se les ocurre: ¿quién hace caso de ellos? Pero el que vendrá hecho un basilisco será Perico; y eso que no chistó cuando tu padre le mandó ir á la cárcel.

—Madre, ¿quiere V. que me asome á la puerta á ver si vienen?

—Anda, mujer, asómate; pero mira que estás muy débil; deja, que iré contigo.

—No, no, madre, yo puedo ir sola; estoy fuerte y buena; mírelo V.

Y Celeste se levantó y fué con paso rápido á asomarse á la puerta del huerto que daba á la calle.

—¡Ay, santo Dios! ¿qué va á pasar con esta criatura si á ese cazurro le da la gana de estar enojado algunos días? —pensó con terror Joaquina: —nos quejábamos porque no queria novio, y ahora hemos de sentir el que lo tenga.

Entre tanto Celeste permanecía en pié en el umbral de la puerta; el aire tibio y embalsamado de la tarde agitaba en derredor de su triste y serena frente algunos cabellos cortos y ensortijados, más dorados que los últimos rayos del sol; la juguetona brisa alzaba graciosamente los pliegues de su falda de percal azul, y descubria sus piecitos calzados de medias blancas, finas, y zapatos negros de seda; un pliegue de su pañuelo de muselina, castamente cerrado, se habia desunido y mostraba su virginal y linda garganta ceñida por una sarta de granos de ámbar, cerrada por un brochecito de plata.

Estaba sumida en una observacion ansiosa, y ni reparaba en el rayo del sol que caia á plomo sobre su cabeza, ni en el aire que agitaba sus cabellos y sus vestidos.

Por fin, todo su cuerpo se agitó violentamente.

Habia visto venir á cuatro personas por el camino, que remedaba una larga calle, y su corazon, ántes que su vista, se las dió á conocer.

Delante venian Perico y el señor cura, que parecia proteger al muchacho contra la cólera de Bruno y de su hijo.

Detras..... ¡oh! detras venía Lorenzo con su padre.

Celeste dejó escapar un acento, medio suspiro, medio

grito, y su madre al oirlo comprendió lo que pasaba y corrió á la puerta.

Tanta era la emocion de Celeste, débil aún por efecto de la fiebre que la habia aquejado en aquella mañana, que su madre hubo de sostenerla.

Pronto llegaron á la puerta los cuatro, que venian de la cárcel; su paso era rápido y seguro, y tenian forzosamente que pasar por casa del alcalde y por delante de las dos mujeres, que, trémulas de emocion, les esperaban.

El señor cura llegó el primero junto á ellas, acompañado de Perico, que le daba la derecha con gran respeto; empero, Bruno y su hijo, pocos pasos ántes de llegar á casa del alcalde, pasaron al otro lado del camino.

El señor cura, que no se apercibió de aquella rencorosa evolucion, dijo á la alcaldesa:

—Buenas tardes, Joaquina; aquí tiene V. á su hijo.

—¡Ay, hijo de mi alma!—exclamó la buena mujer—; no sabes el trabajo que me ha costado el no ir á esperarte! ¡Pero por no dejar á tu hermana que está tan mala!..... ¡En cambio, te guardo hecha una merienda, que ya verás!

—¿Está mala Celeste?—preguntó Perico.

Y luégo añadió casi con temor:

—¿Y padre, dónde está?

—Hijo, le han avisado de Pinseque para una riña de unos mozos, y me dijo al irse:

—No siento más que no poder ir á buscar á mi Pedro; pero la obligacion es lo primero: irás tú con el señor cura, que me ha ofrecido ocupar mi puesto, ya que es el padre de todos.

—¿Y Celeste?—le dije yo.

—Celeste no irá; no se crea ese vanidoso que va por él; que se quede en casa.

—¡Pero hombre—repuse yo—si está tan mala!

Tu padre se enojó y respondió de mal humor:

—¡Qué mala, mala! Por tenerla llena de mimos, ¿no te has de portar como debes con tus demás hijos? que se esté sola media hora, que no comerá tierra; y no dejes de ir con Mariano á buscar al chico: mira, Joaquina, que por tanto mirarnos en esa hija Dios nos ha de castigar y nos la ha de quitar, porque así pasa siempre.

—Tu padre se fué; pero, hijo, no me determiné á dejarla, y también Mariano se quedó por si hacía falta algo: como dice tu padre, el señor cura es el padre de todos: ¿verdad que no te enfada lo que he hecho?

—No por cierto, madre; lo que me hubiera enfadado es que ella se hubiera quedado sola.

—¡Ya lo sabía yo, hijo de mi alma! ¡Dame un abrazo, que eres más bueno que el pan de flor!

Joaquina abrazó á Pedro, y éste sintió que las lágrimas de su madre caían en su morena frente.

Todo esto habia tenido lugar en tanto que llegaban Bruno y su hijo, que caminaban con paso tardo.

Al mismo tiempo que Joaquina abrazaba á su hijo, pasaban aquéllos al otro lado de la calle para no tener que saludar á las dos mujeres y huir en lo posible de su vista.

Pero Celeste, cuyos ojos estaban clavados en Lorenzo, y que tenía en ellos toda el alma, quedó como herida de un rayo al ver la acción de Lorenzo y de su padre.

Luégo, una inmensa desesperación penetró en aquella alma tierna y apasionada, y se arrancó de ella un quejido de angustioso dolor.

—¡Lorenzo!—gritó—¡Lorenzo! ¿por qué huyes de mí? ¿qué te he hecho? ¿Así me dejas despues de tantas horas que no te he visto? ¡Pero se va sin escucharme!..... ¡Madre, madre! ¡Lorenzo ya no me oye! ¡Lorenzo se va!.....

En efecto, Bruno y su hijo llegaban ya al fin de la calle, y entraban en otra más pequeña, y que no era otra cosa que un sendero abierto en los campos, á cuya orilla se elevaban algunas casas.

Al fin estaba su alquería.

La desventurada niña comprendió, por una intuición terrible, que todo habia acabado entre ella y el hombre á quien tanto amaba.

Desolada, y no pudiendo sus fuerzas sostenerlas, se dejó caer en el umbral de su puerta, sollozando con una angustia desgarradora, pero sin que de sus ojos brotase una lágrima.

Cubrióse el rostro con su delantal, como para no ver la luz, y bien pronto á sus gemidos sucedió una queja angustiosa como si estuviese herida de muerte.

—Hija, por Dios, ¿á qué affigirse así?—exclamó Joaquina, acogojada ante aquella explosion tan ajena al carácter dulce, tímido y modesto de Celeste.—¡Déjale, que ya volverá! ¡es natural que esté enojado ahora! Pero ¿crees que no ha de pasarle? ¡Yo conozco á los hombres y sé que eso no ha de durar!

El señor cura no dijo nada, pero echó á andar con

paso rápido; cuando se halló al alcance de que su voz fuese oída por Bruno y por su hijo, llamó á éste.

Padre é hijo estaban parados á la orilla del sendero y departían con calor.

Aquél trataba de persuadir á éste de alguna cosa, y el mozo se negaba con ademan resuelto é irritado.

El señor cura llegó hasta ellos, y Joaquina, que le miraba con ánsia, le vió tomar la mano de Lorenzo, hablarle con ternura y gravedad y señalarle á Celeste.

Pero Lorenzo contestó también con ademanes negativos, y echó á andar en dirección á su cortijo.

Su padre le siguió lentamente, y el señor cura, después de levantar los ojos al cielo, volvió al lado de las mujeres.

Cuando llegó, la queja de Celeste era más lenta y débil; aún tenía la peregrina cabeza sepultada entre los pliegues de su delantal; pero la mano que sostenía aquella tela estaba fría, y sus delicados hombros se agitaban con un temblor convulsivo; la otra mano pendía con desaliento como la rama de un árbol roto por el huracán.

El señor cura tomó aquella mano, y dijo á la jóven con voz dulce y suave:

— Levántate, hija mia, y entremos en tu casa; y usted, Joaquina, deje de llorar; ¿á qué afligirse así? Lorenzo ha dicho que vendrá; y aunque no viniera, no merecen las pasiones de la tierra tanta desolación: vamos, todo se arreglará.

— ¿Ha dicho Lorenzo que vendrá? — preguntó Celeste alzando su semblante con un ánsia indescribible.

— ¿Lo ha dicho? — preguntó á su vez la madre, que se estremeció al ver la alteración del semblante de su hija.

El digno vicario esquivó el responder á la jóven; pero respondió á la madre con un movimiento de triste negativa.

— ¡ Ese truhan ha de morir á mis manos! — murmuró sordamente Pedro, en tanto que su madre y el señor cura sostenían los pasos vacilantes de Celeste.

En aquel instante se oyó en el portal la voz de Juan María, que gritaba:

— ¡ Eh! ¡ Joaquina, Joaquina!

— ¡ Aquí estoy! — respondió la alcaldesa.

— ¿ Ha vuelto el chico?

— Sí, ya hace rato.

El alcalde fué al huerto, y sintió tal gozo de ver á Pedro, que sólo en él se fijó.

— Vaya, hijo — le dijo paternalmente — cuidado con volver á buscar camorra; los hombres de corazón no son pendencieros. ¿ Has merendado?

— ¡ Ay, padre! ¡ para meriendas estamos! — respondió Pedro con una mezcla extraña de sentimiento y de ira.

— Pues ¿ qué pasa?

El chico se apartó un poco y mostró á su padre la pálida figura de su hermana, que se acercaba lentamente, sostenida por la religión y por el amor maternal.

— ¡ Hija! ¡ Dios santo! ¿ qué pasa? — exclamó el alcalde precipitándose hácia Celeste.

Luégo la levantó en sus brazos como á un niño enfermo, y la colocó en su lecho.

— ¡Un médico al momento, Pedro! — gritó con aquel acento de autoridad que conmovía tan hondamente á sus hijos; monta en la mula parda y vé á Alagon: ¡ah, escucha! ¡lleva otra del diestro para la vuelta!

— ¿Para qué? llegaré ántes con una sola; volveré á pié.

Y Pedro salió como una exhalacion del cuartito de su hermana, que habia quedado inmóvil en su lecho como una estatua de alabastro derribada de su pedestal.

XI.

DOBLE EMBOSCADA.

Al dia siguiente por la tarde Enriqueta tenía una elegante lámpara, un almuerzo de china, un servicio completo de tocador, y pagados los 2.000 reales que habia encargado á Lorenzo dijese á su corredora pagaria dos dias despues.

Aquella primera prueba de amor abrió en el arcon de Bruno *el rico* una brecha de 3.000 reales.

¿Pero qué es una gota de agua en el mar ó una chispa en un incendio? ¡Bien poca cosa en verdad!

Todos aquellos objetos fueron entregados á Teresa, que los recibió haciendo arrumacos.

La camarera estaba elegantemente vestida; queria evidentemente conquistar al heredero de *el rico*.

Éste, siguiendo los consejos de Enriqueta, á la que

creía dotada de la sabiduría suprema, hizo el amor á la muchacha, y con bastante destreza, pues el género de camareras le era muy conocido desde que, siendo ya sargento, estuvo una temporada de guarnicion en Madrid.

El pensamiento fijo de Lorenzo era Enriqueta, y quiso hacer hablar algo á su criada acerca de su pasada vida; pero Teresa fué impenetrable, porque estaba acostumbrada á serlo.

Volvió con gran destreza á la conversacion de sus amores, y tan bien se manejó, que Lorenzo, no creyendo comprometerse á nada, pronunció la palabra *casamiento*.

— ¡Ah! ¿de vérás? ¿pensarás en casarte conmigo? — preguntó Teresa, que habia sido la primera en proponer un tratamiento llano.

— ¡Ya lo creo! — respondió Lorenzo con fatuidad; — ¿no eres jóven y muy linda? Yo tengo veintiocho años, y ya es hora de que piense en casarme.

— ¿Pero hemos de vivir en este pueblo?

— Ó en la ciudad ó en Madrid; donde tú quieras.

— Entónces, en Madrid. ¡Oh, la vida de Madrid es deliciosa! ¡No comprendo cómo se puede vivir en una aldea sin morir de fastidio! ¡Cuánto me hubiera yo aburrido aquí, Dios mio, si no te hubiese hallado á tí!

— ¡Ya te daré yo el pasatiempo! — dijo para sí Lorenzo.

— En Madrid — prosiguió Teresa — es muy diferente; como serémos ricos, podremos tener diversiones; tú llevarás levita y yo vestidos de seda, lazos en el cabello y bonitas manteletas; tú, vestido de caballero, es-